

U. Rev. - 4

437
—
20
—
30

ORACION INAUGURAL.

ORACION INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1865 Á 1866

LEYÓ

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL DOCTOR D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS,

Catedrático de Principios de Literatura y Literatura española.



BARCELONA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE TOMÁS GORCHS,

IMPRESOR DE LA REAL CASA

y de la Universidad literaria é Instituto de 2.^a enseñanza.

1865.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
No. 1234
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
No. 1234
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

M. I. S.

NEGOCIO muy arduo, aunque bello y provechoso, sería investigar de lleno el carácter de una literatura, cual es la castellana, de índole muy especial, á la vez que variada y rica: examinar las costumbres, los hechos históricos, los impulsos morales que forman como la substancia ó materia nacional, y los modos, el gesto, el acento que particularizan tambien á los pueblos no menos que á los individuos y á las familias; averiguar de lo extraño y advenedizo lo que fué desechado, lo que fué apropiado y lo que causó mudanzas; distinguir lo exclusivo de lo que, sin serlo, da toques de especial fisonomía; descubrir el temple nacional en la misma lengua, sin que se juzgue nacional cuanto en ella se ve escrito; atender á la fuerza y corriente de cada siglo, causa muy poderosa en las usanzas de los pueblos; reducirlo todo á riguroso cotejo para que no se nos antoje diferencial ó específico lo que es comun á varias gentes ó á todo el género humano.

Proponer el problema en semejantes términos equivale á decir que no intentamos resolverlo: ni nuestro caudal es para tanto, y mayor espacio y otros esfuerzos necesitaria tan grave estudio, mas propio además de un tratado inquisitivo y analítico que de un discurso compuesto para esta solemnidad literaria. Solo en términos generales hablaremos del carácter de nuestra literatura nacional, proponiéndonos indicar los principales elementos que contribuyeron á formarla y la oposicion entre dos períodos de la misma, ó mejor, pues no seguiremos estricta division de tiempos, entre dos grupos de sus obras.

Al ofrecer á la indulgencia, que ya tenemos experimentada, de este respetabilísimo Claustro, un fruto poco sazonado de investigaciones ajenas y propias, permítasenos tributar un homenaje á los grandiosos trabajos que, para honra suya, ha inspirado en los últimos tiempos nuestra literatura nacional, y especialmente á los del ilustre extranjero cuyos estudios han dejado profunda huella en la mayor parte de sus ramos, y que de ella ha desterrado, para usar de su propia expresion, el espectro del pseudo-orientalismo; y á los del esclarecido y en alto grado benemérito compatriota, á quien se puede perdonar algun énfasis en gracia de la destreza y del brio con que va llevando á feliz término su larga y dificultosa empresa.

I.

Sin dejarnos una definicion breve y cumplida, como la respectiva á los Galos (1), nos dan los escritores clásicos oportunas noticias de los antiguos hispanos, calificándoles de

(1) Rem militarem agere et arguté loqui.

muy amadores de la patria y de la independencia, de constantes y aun pertinaces, de fieles á la amistad y á las promesas, y describiendo sus maneras de sorprender y acosar al enemigo, sin olvidar algun rasgo suyo de militar jactancia (1).

Formado el pueblo hispano-romano de las razas indígenas y de las colonias itálicas, iluminado por la ley de vida, domeñó en cierta manera al bárbaro invasor á poder de su creencia y de la cultura y del saber jurídico heredados de Roma.

Puras debieron conservarse las antiguas tradiciones en las comarcas septentrionales, donde, consumada la invasion ismaelita, renació el estado cristiano. No es decir que lo compusiesen solo montañeses astures, ya que con ellos se mezclaron, en ignorada proporcion, hispano-godos fugitivos. Hombres de diverso origen se unieron por amor de la independencia religiosa y nacional, y transecurrido un breve período de confusion, despertaron de su sueño, segun el dicho de añejo cronista, se ordenaron y aprendieron á obedecer. Desde que para comun provecho y por tradicion gótica, quedó elegido el primer caudillo, la institucion monárquica que en buen hora fué inclinándose á la sucesion hereditaria, y á que siempre se atribuyó el supremo dominio en el gobierno y en la justicia y el primer puesto en la guerra santa, fué el núcleo del estado y causa principal de su conservacion y acrecentamiento. Mas tarde, con el renacimiento del derecho romano, se llegó á extremar el concepto del poder de la monarquía.

(1) V. Lista y Cavanilles, y para este rasgo Romey, al tratar de la conquista romana. Para lo relativo á la constitucion social de Castilla hemos consultado principalmente á Lafuente, Muñoz, Herculano y Dozy (*Recherches*).

Mas no se crea que fuese menguado el de la aristocracia: forma comun entonces á cuasi todos los pueblos de Europa; recuerdo de la distincion de razas nó enteramente borrada en el período gótico; hecho necesario en una sociedad por esencia guerrera y donde el débil habia de vivir á la sombra del preeminente, y tan adecuado á la índole de los tiempos que todo, sin exceptuar los actos externos de la prelación y de las corporaciones mas populares, tiraba á tomar un sesgo aristocrático. Contendiendo monarcas y próceres para ampliar sus mal definidas prerogativas, necesitados aquellos del auxilio de los magnates y estos de la proteccion de los reyes, solo brilla con entero resplandor la institucion monárquica, cuando la realzan grandes virtudes ó la prudencia política ó un brazo victorioso; pues fuera de este caso prevalece el poder de los grandes, hasta el punto de arrogarse el fuero de desnaturalamiento, más sin duda por usurpacion y costumbre que por concesion régia.

Dícese, sin embargo, que no hubo feudalismo en Castilla. Fué á lo menos tardío é incompleto, pues aunque Alfonso VI crease feudos en sus dominios, y otros reyes aceptasen homenajes de príncipes extranjeros, no se llegó nunca á redondear un sistema. Los grandes no tenían privilegios de soberano y de par, propios atributos del poder feudal; lo de haber tierras concedidas sin cargas á hombres llanos se oponia (así nos lo parece) al axioma feudal, «no hay tierra sin señor;» y por otra parte la division de heredades empobrecia á ilustres familias. No hubo en paises recién conquistados y amagados de nuevas invasiones aquella inmemorial transmision que ligaba una comarca á una familia con tan estrechos vínculos cual los representa la poesía del Norte en la ternísima adhesion de los genios de las fuentes y de los bosques al poseedor del territorio; ni aquellos grandes estados, distantes del centro monárquico á quien solo se reconocia una sobera-

nía á veces irrisoria; ni la seguridad y aislamiento que permitian al señor absorberse en la adoracion de sus dominios y de su castillo, como el baron loreno que, en el cantar francés, los prefiere, blasfemo, al paraíso. No vemos tampoco que hubiese, como entonces ó más tarde en Aragon, señores que se preciasen del derecho de matar á sus vasallos á hierro ó de hambre y de no deber cuenta de sus actos sino á Dios, y al rey por cortesía. No se ha de buscar en Castilla el tipo del señor feudal, aunque no faltaron próceres tiranos y revoltosos.

Al menor predominio de la aristocracia contribuyó la multiplicacion de los hombres libres.

La variada gradacion del estado de las personas en la monarquía gótica, desde el noble hasta el mancebo ó siervo de siervo, se fué modificando durante la reconquista que borró la distincion entre antiguos vencidos y vencedores, y no podia de seguro mantenerse en poblaciones desquiciadas y á veces incorporadas violentamente á la monarquía. A mas de que no cesaba de clamar contra la esclavitud el principio de la hermandad evangélica (1); y las franquicias concedidas á los repobladores de villas, y á su ejemplo á los moradores de otras tierras, eran parte á que se multiplicase el número de los colonos no adscriptos, y de poseedores sin título de nobleza. Añádase á esto la considerable extension de los realengos, y aun entre los señoríos las cuasi independientes behetrías de linaje y de mar á mar.

Así creció el estado llano, renació válido el municipio, floreció la jurisprudencia foral que aseguraba la independencia personal y la inviolabilidad doméstica (2), y la clase popular

(1) V. en Herculano la reprension de San Teotonio al rey Alfonso Enriquez y á sus caballeros que llevaban cautivos algunos mozárabes.

(2) Concilio de Leon de 1020.

envió por fin sus huestes á las batallas é hizo sonar en las Córtes la voz de sus procuradores.

Y no solo la libertad, sino tambien la nobleza fué patrimonio de gran número de varones. Ningun servicio era de más para la defensa del reino, y cuantos á ella acudian con caballo, escudo y lanza habian de compartir los peligros, las ganancias y los honores de los grandes y de su séquito: así vemos ennoblecidos á los que cabalgan en las lides nacionales, y se nos habla de caballeros villanos, equiparados á los simples hidalgos. De aquí la difusion del título de caballero, la existencia de cierta caballería democrática y el espíritu caballeresco derramado en todo el pueblo (1).

El principio monárquico, nunca extinguido, aunque un tanto amenguado en ciertos momentos, y en tiempos posteriores avasallador y dominante, la caballería á veces personificada en un nombre ilustre, la entereza y aun la caballeridad en el hombre de cualquier estado, son las principales líneas fisionómicas de la historia de Castilla, que de ella y con diversos accidentes se transmitieron á las obras de su literatura.

Mas encima de estos principios brillaba otro venido de region altísima, anterior á la definitiva formacion del carácter nacional, y de constante predominio en los sucesivos periodos de nuestras letras. Prevaleció antes de que la fantasía popular se complaciese en el relato de hechos históricos, antes de que la nacion se diese cumplida cuenta de su propia entidad, y en honor del mismo principio debió balbucear la lengua naciente. Era, no hay que advertirlo, la *inspiracion religiosa*. Puesto que no caen bajo la jurisdiccion del arte nacional las obras latinas doctrinales, ni tampoco la no interrumpida sé-

(1) Comp. Duran y Wolf en las Introducciones á sus *Romancero y Primavera*.

rie de himnos sacros que se iba acaudalando desde los primeros siglos de la Iglesia; ateniéndonos á la literatura castellana, la primera composicion que nos sale al paso, es el misterio de los reyes magos, rudimento de drama sagrado, nó en verdad desnudo de intencion, ni en la pintura de los caractéres, ni en el manejo del diálogo. De remota antigüedad, aunque de origen menos castizo, son tambien dos narraciones religiosas. Por entonces en el cantor de la devocion y de la virtud, á dicho de Moratin, en el bueno y amigable Berceo, hallamos un poeta cristiano de no poca valía, digno por la pureza de su alma de representar los caminos y rumbos de la santidad; de sencillez á veces infantil, mas no desprovisto de vigor en la parte doctrinal, ni acá ni allá de amena fantasía, ni de energía y vehemencia al evocar grandiosas y tremendas imágenes. Pintor de costumbres religiosas y pacíficas, contrapuestas sus obras á las que refieren sangrientas hazañas, pudieran calificarse de nueva Odisea al lado de las nuevas Iliadas; y tal vez con mas exacta similitud pudiera él compararse á un moderno Hesiodo que medita otro linaje de hechos y habla á otros oyentes que los cantores de los Bernaldos y de los Cides. Despues de alguna obra del género de las de Berceo, ofrécesenos la inspiracion religiosa en forma de cántico en el Arcipreste de Hita y en el canciller Ayala, en consorcio con la satírica en la Danza de la Muerte y en la de vision y de precepto en otros dos poemas.

Considerando que las lides con los árabes eran ante todo religiosas, que las victorias comenzaban invocando el nombre del Señor y terminaban con el hacimiento de gracias, no seria desacierto imaginar que hubo en lengua castellana himnos bélico-religiosos, mayormente cuando alguno de índole parecida se conserva entre los hispano-latinos; mas los documentos conocidos, si no contrarian, no confirman este supuesto. Ni siquiera sabemos que vistiesen forma poética

aquellas piadosas y bellas tradiciones con que nuestros mayores representaban su confianza en la continua visible protección del cielo á los defensores de la ley verdadera.

En efecto, puesto que el canto fué en aquellos tiempos el medio mas general y poderoso de transmision, nó todo lo digno de cantarse, nó todos los hechos poéticos (que nó siempre, por ser tales, deben tildarse de fabulosos) cabe asegurar que hayan sido cantados. Así no consta que lo fuesen muchos actos históricos ó tradicionales que ora en el mundo de la realidad, ora en el de la imaginacion, eran legítimos partos del *espíritu nacional*; tales como la hermosa seguida de victorias desde Covadonga á las Navas, y los sucesos mas especiales del feudo de las cien doncellas, y del casamiento de D.^a Teresa, hermana de Alfonso V, emblemas del desapego á vergonzosos tratos con el infiel; y las negras historias del hijo y del nieto de Fernan Gonzalez (asunto de modernas composiciones trágicas) que parecen inspiradas por la desconfianza hácia las damas venidas de extrañas tierras al tálamo de nuestros príncipes (1). Ni siquiera de la famosísima tradicion del encantado palacio de Toledo, enlazado con el solemne recuerdo de la pérdida de España, sabemos cómo pasó á las obras de graves historiadores, ya que de otros incidentes con que se ha ido engalanando la misma historia, fácilmente se deduce la procedencia arábica.

Mas si se han perdido, en el caso muy probable de que existiesen, los primitivos cantares de estos y otros asuntos, tal vez por menos ligados con algun nombre popular y de poderoso atractivo, sabemos á ciencia cierta que se cantaron los hechos de los principales héroes de la poesía castellana, viviente ex-

(1) Aunque hay romances de todos estos hechos, son modernos, excepto á lo más uno del casamiento de D.^a Teresa con un rey moro, que se incluye entre los viejos, sin que por esto se pueda asegurar que provenga de la época remota que ahora nos ocupa.

presion del espíritu nacional y objeto predilecto de la memoria y de la fantasía de nuestros antepasados, que dieron á la literatura patria sus primeros monumentos y han servido para ejercitarla en formas mudables al paso de los siglos. Representacion de tiempos, nó por ásperos é incultos, menos adecuados á la poesía heróica, si desagradan á veces por su bárbaro sabor, siempre han sido y son hoy dia recordados con singular estima, ya por su aliciente poético, ya por su interés histórico; y por tanto y como principal materia nacional de la primitiva literatura castellana, demandan ser considerados con algun espacio.

Inspiró estas narraciones y engendró ó completó la fisonomía de semejantes héroes un sentimiento, si bien en gran manera poético y eficaz, nó siempre el más escogido y depurado. Si se abren las páginas de la historia, escrita por graves clérigos y letrados, se reconoce la inspiracion del principio monárquico y de la guerra nacional, que éra el blanco mas noble de las acciones de aquellos tiempos; mas si se oye una rapsodia heróica, se percibe á menudo diverso acento. No escogió la poesía aquellos varones que se distinguieron por actos á la vez caballerescos y morales, como Pedro Ansurez, á un tiempo vasallo leal de la reina de Castilla y fiel alcaide del rey de Aragon, ó Guzman, defensor de Tarifa, que mereció el nombre de Bueno: personajes de esta clase brillan ó se adivinan en segundo término, mas no suelen ocupar el primero en los cantares. Tampoco prefirieron los relatos poéticos á los reyes á quienes mas enaltecieron sus dotes cristianas ó políticas, ó su fortuna en defensa de la buena causa, acaso por ser sus hechos, aunque grandes y admirables, menos imprevistos y extraordinarios. El fondo de las narraciones es de seguro el sentimiento patriótico, la base que sustenta y levanta á los héroes su denuedo en la guerra nacional; mas el pueblo caballeresco de entonces y particu-

lamente la aristocracia militar é indocta, que era tambien pueblo, se complacia sobre todo en oponer á los hábitos torcidos y á la molicie de la corte la bravía independencía del guerrero y en pintar interesantes ó heróicas víctimas de la injusticia prepotente, vencida alguna vez, vencedora las más veces, mas nó sin hallar resistencia ó castigo. No tanto un sistema político, como un sentimiento popular y guerrero y en cierta manera moral, imprimió este sello en determinadas narraciones.

Así Bernaldo del Carpio, dechado de amor al padre y á la patria, el supuesto hijo del Rey Casto y el vencedor de los francos invasores, no alcanza, ni con humildes súplicas ni con temibles amenazas, la libertad del conde de Saldaña, y solo consigue besar su mano helada por la muerte.

Así el conde Fernan Gonzalez, cuyos brios juveniles se ocultan y al fin se despiertan en la cabaña de un carbonero, favorecido por la presencia y luego por la aparición del ermitaño San Pelayo, destructor de las huestes del caudillo cordobés, vencedor del de Navarra y del de Tolosa, dos veces libertado de injusta prision por la prudente Sancha, vasallo inquieto y temido del rey de Leon, con la demanda del insoluble rédito del caballo y del azor, consume y justifica la exención de Castilla.

Así los tiernos y esforzados hijos de Gonzalo Gustios de Lara denuestan á su tia y ofensora Doña Lambra, tipo de la fiera dueña castellana, bien diverso de las Sanchas y Jimenas; el sobrado dócil Ruy Velazquez urde contra ellos infame traición, y sus cabezas son presentadas al cautivo padre en la corte de Almanzor, donde crece el bastardo que vengará cruelmente la muerte de sus hermanos.

Así finalmente en los diversos períodos de su existencia poética hace muestra de sus cualidades de caballero sin igual, de franco consejero, de alguna vez un tanto díscolo, pero

siempre leal y mal galardonado vasallo, Rodrigo Diaz, á quien dijeron el mio Cid, el Campeador de Vivar.

Pocos ignoran que es el Cid el héroe favorito de las tradiciones castellanas y que, á efecto tal vez de esta misma especial estima, nos ha dejado, no solo la memoria ó fragmentos incompletos ó alterados de sus cantares, sino dos extensos poemas: uno juzgado mas antiguo por la mayor parte de los críticos, lleno sin embargo de pormenores ficticios, cuales son las reyertas del padre del Cid con el conde Gormaz, la venganza del Cid y su casamiento, y con incidentes de menor cuenta, la fabulosa expedicion y las victorias de Don Fernando acompañado de su consejero y brazo derecho en tierras transpirenáicas: otro que componen acontecimientos menos apartados de la realidad ó de la verosimilitud histórica, como las victoriosas correrías en tierra de moros, la conquista de Valencia, las bodas de las hijas del Cid con los condes de Carrión, la felonía de estos infantes, las Córtes en que son juzgadas y los nuevos y gloriosos casamientos de Doña Elvira y Doña Sol; quedando además un período intermedio que los dos poemas, interrumpido el primero al fin y el segundo al comienzo, acaso comprendian, y es el que abraza el testamento de Don Fernando, el cerco de Zamora, la traicion de Bellido y la jura tomada á Don Alfonso, de que nace su desamor á Rodrigo.

Hallándose el primero de estos poemas en informe estado, si bien contiene trozos de admirable poesía, no muestra la unidad y el concierto que avaloran el segundo. Es este uno de los mas interesantes modelos de la epopeya caballeresca, de aquella epopeya iletrada mas semejante á las de Homero que las de los doctos presumidos de imitarle. Y adoptamos este nombre de epopeya (1) sin olvidar que lo han rechazado no

(1) El primero que notó la analogía entre Homero y los poemas caballescres meridionales (materia que explanó despues el célebre poeta Uhland) fué el ilustre escritor religioso José Goerres.

solo los partidarios de las clasificaciones pseudo-clásicas, sino tambien profundos investigadores, que echan de menos en los cantares caballerescos ó unidad de compositor, ó el elemento mitológico; pues omitiendo cuestiones secundarias, nos mueven á dar al poema de «El mio Cid» semejante título (que tampoco negariamos á otros), las costumbres representadas y la atmósfera que en ella se respira, lo primitivo del estilo y prácticas de expresion de todo punto homéricas, como tambien la simplicidad de composicion, y aquel proceder por grandes masas, y muy especialmente la originalidad, vida é individualidad de los caractéres, como son el del Cid, caudillo, padre de familias y vasallo, las de su mujer é hijas tiernas, calladas y sumisas, los de los compañeros del Cid, de varias fisonomías pero iguales en valor y en lealtad, los odiosos ó poco apreciados de los enemigos del héroe, y el frio pero respetable del rey Alfonso. Obra maestra de nuestras narraciones heróicas, suelo fecundo en que principalmente arraigó la poesía histórica castellana, si un monumento único debiera escogerse como trasunto del espíritu nacional, este seria el elegido.

Tratando ahora de averiguar cuál es el aspecto general de estas narraciones, sin que sea preciso determinar la mayor ó menor verdad material de los hechos, veremos que se distinguen por su espíritu histórico, por lo sério y nacional de las empresas (que empresas eran y nó aventuras), por la índole austera y nada sentimental ó quejumbrosa, y por la ausencia de un principio fantástico que tradiciones mas elaboradas y la vecindad de otra poesía narrativa en extremo caprichosa introdujeron en las francesas, y de la grosera sensualidad con que refieren las aventuras de los paladines algunos episodios de las mismas narraciones carlovingias.

Despues de haber hablado con alguna mayor extension, conforme era debido, de los personajes típicos de la antigua

poesía heróica, injusto fuera trascordar las narraciones prosáicas con que el mismo espíritu nacional anima costumbres más cultas y héroes á veces más perfectos, aunque menos decantados, ni las crónicas versificadas en que se aunan la historia y la poesía, como en la llamada de Alfonso XI y otra de antigüedad mas dudosa. Tampoco son para olvidadas las anécdotas históricas de asunto nacional que se leen en el precioso libro de Patronio, donde presentan las costumbres patricias un aspecto más casero del que suelen los poemas y las historias.—Tales narraciones, hechas con diferentes propósitos, acrecentaron el depósito de poesía nacional que benefició mas tarde el ingenio de los poetas castellanos.

Nada hay en la substancia ni en el temple de estas narraciones que se pueda afirmar de procedencia extranjera, y muy poco que en este concepto dé pié á la menor incertidumbre. No obstante, quizá en algunos pormenores de la narracion y sin género de duda en otros relatos, así como en otros ramos de literatura, se reconoce cierto grado de *influencia francesa*. Lo cual no debe infundir temores por la conservacion del espíritu nacional, cuando este es fuerte y robusto, y se trata de elementos de fácil apropiacion, ni debe tampoco maravillarnos, ya que no hubo en la Europa moderna razas aisladas, celosas custodiadoras de exclusivos hábitos nacionales, y ya que era muy natural el comercio entre naciones salidas del consorcio del elemento romano y del germánico, y cobijadas só las alas de una misma religion, sujetas además á un estado social no desemejante y destinadas á ser por modos diversos las mejores maestras de la caballería europea, que, principalmente en España y aun en el Norte de Francia con respecto á Provenza, se dió menos prisa en desviarse de su primer instituto.

Bien claro nos dice la historia que caballeros franceses pelearon á una con los nuestros, que pobladores franceses ocu-

paron algunas tierras, que monjes franceses se sentaron en cátedras episcopales, modificaron los estudios eclesiásticos, contribuyeron á los cambios de disciplina y suscitaron el de la forma de escritura. Con respecto á la poesía no es para discutido aquí (y tal vez será siempre excusado por la carestía de documentos) si fué mayor ó menor el influjo, y aun si el ejemplo ó la emulacion contribuyó á dar mayor vida á la nuestra. Aun cuando se encuentren semejanzas, nó de las de poca monta y por ventura casuales, sino valederas y determinadas, trabajo costará las mas veces distinguir lo que se debe á igualdad de orígenes ó á comunicacion de lo de fuera; mas bien podemos resolvernó á rechazar opiniones extremadas. Si por un lado rayan en absurdas las pretensiones de los que todo lo achacan á imitacion, sin exceptuar siquiera las semejanzas comunes á los idiomas neo-latinos, por otro lado no es lícito cerrar los ojos á datos evidentes. El primer monumento literario que nos avisa la existencia de cantos nacionales, menciona tambien á los dos mas famosos paladines de la epopeya francesa. La misma narracion de Bernaldo, tan anti-francesa de suyo, si no debió su origen á un impulso de protesta y oposicion á las narraciones francesas, á lo menos se enriqueció ó complicó por medio de invenciones pegadas á las mismas, y además las hubo de origen transpirenámico que lograron estima entre nosotros, como la del Maynete ó del jóven Carlo-magno, la cual figura en la grande historia nacional del Rey Sabio. Añádanse á esto, ya fuera de la poesía heróica, obras prosáicas y poéticas vertidas al castellano, asuntos novelescos ó de la antigüedad (1) tomados de libros franceses ó venidos de Francia, otros cuyos héroes corresponden á la historia de las Cruzadas (2), leyendas españolizadas,

(1) Los de Apolonio y de Alejandro.

(2) Los de Ricardo y Saladino en el Conde Lucanor, etc.

mas sin borrar la huella provenzal, y la introduccion del verso regular de catorce sílabas y aun su disposicion en estancias monorrimas, si bien lo último, habitual en la poesía latino-elesiástica, pudiera en rigor atribuirse á un nuevo elemento, un tanto acrecentado pero de modo alguno comunicado por el comercio con los franceses.

Es este elemento la *ciencia occidental*, cuyo influjo, más directo en otros ramos de literatura, fué tambien muy eficaz en la poesía. La cultura latina, madre y nodriza de la moderna, no solo, como pudiera creerse, ejerció una accion, si bien definitiva, momentánea y ya lejana en los tiempos más recientes, sino que aun en estos, siguió obrando á la continua, por medio de la transmision literaria. Así la lengua y la versificacion no solo determinaron en el origen la nueva lengua y prosodia, sino que mas tarde las fueron sujetando, en cuanto era ya posible, á la antigua norma conservada en los modelos escritos. Para citar un solo ejemplo y para atenernos á la época de que se trata, bastará en comprobacion de lo que se acaba de decir, la sola existencia en la poesía castellana de una escuela docta, de un «mester de clerecía.»

La tradicion del saber eclesiástico-clásico que tanto floreció en la época de los Isidoros, y que se conservó incólume en lejanos monasterios y en las escuelas cristianas de la corte de los Emires, amen de su especial dominio, dió formas á la historia nacional, mientras empleó la lengua de Livio y de Salustio. Conservó además un depósito de ciencia práctica, tomada de las sagradas Letras, de los Santos Padres y aun de los filósofos antiguos, entre los cuales Caton y Séneca disfrutaban entonces de sin igual nombradía; depósito que se aprovechó en obras de diversas clases y fué sobre todo encerrado en tratados de forma sentenciosa y proverbial, pasando despues á la poesía moral y reflexiva de que es notable ejemplo el Rimado de Palacio. Mantuvo la misma tradicion el recuer-

do de las antiguas formas dramáticas y el conocimiento de la fábula esópica, que, derivada de versiones latinas ó francesas, vemos figurar en Juan Manuel y en el Arcipreste.

En su edad juvenil se afanan los pueblos por buscar los documentos de la sabiduría, prefiriendo la forma directa y sencilla de la sentencia ó máxima y la mas poética del apólogo. De ambas ya suministradas por el saber de Occidente, abrió una fuente abundantísima (así como de otros conocimientos que no nos atañen) la *ciencia oriental* comunicada por árabes y hebreos. Por lo que mira á las sentencias, tenemos notables muestras en libros castellanos, tomados de obras venidas de Oriente, si bien de materiales no solo índicos y árabes, sino tambien griegos y cristianos; y sin hablar de otra coleccion debida tambien á un judío (1) y que emplea lengua diferente aunque española, en los celebrados consejos métricos del rabí Don Sem Tob de Carrion. Curiosa es por demás la historia viandante del apólogo oriental, que nacido en el antiguo mundo índico, recorre diversos pueblos al través de una y otra lengua y viene á parar á España que le abrió paso para diferentes naciones de Europa, despues de haberlo vertido á la general lengua latina ó á la suya propia (2). Mas no contento con esto, formó tambien colecciones originales, como es de ver entre otros libros en el incomparable de Patronio (ya antes mencionado, como se debia, atento la variedad de materiales que encierra), verdadero cuento de cuentos, es decir, coleccion de apólogos comprendida en una ficcion ge-

(1) Jafuda en el reinado de Jaime II de Aragon.

(2) Noticias de la historia del apólogo oriental se leen ya en nuestro Padre Sarmiento y luego en Puibusque (Introduccion á su Conde Lucanor) y en otros muchos. En cuanto á las obras españolas de sentencias y de apólogos creemos que la enumeracion y exposicion más completa se hallan en Amador de los Rios (Historia de la literatura española).

neral, en lo que siguió una tradicion de Oriente y precedió al Decamerone y á los cuentos de Cantorbery.

Proviene tambien de Oriente la costumbre de descifrar enigmas, nó como objeto de solaz y deporte, sino como exámen de sabiduría, conforme se halla en un poema de la escuela docta.

Poseemos además un poema á la vez castellano y oriental, y es el que refiere á la mulsumana la vida del patriarca José, castellano en la lengua, en la versificacion y por lo general en el estilo, oriental por el autor, por el asunto y en la forma de la escritura.

Enumerados quedan los elementos del primer periodo de la poesía castellana, que, con raras excepciones de formas líricas, corresponde á la narrativa y didáctica. El caudal poético se cifra en las obras conservadas ó perdidas del género heróico-popular, y en las de la escuela docta ó de clerecía, que á pesar de la diferencia que ya arguye la natural oposicion entre las obras de la poesía popular y las de la erudita, aseméjanse cuando menos en que la segunda conserva deijos de la primera, y en la ausencia de prácticas y defectos que no tardaron en invadir la poesía castellana. La literatura prosáica histórica, legislativa, moral y científica se muestra tambien estrechamente emparentada con la poética.

El estilo de unas y otras es grave y sério, y en obras de índole muy marcada, toca en rudo y áspero. Nada vivaz é ingenioso; aun en las narraciones cómicas la malicia reside más en el fondo que en la forma, y diríase que la risa que trataron de excitar no debió imprimir en los labios de los lectores más que ligerísimo movimiento. Excepto en los cuentos de origen oriental, excusados por la intencion didáctica, poquísimo hay tampoco censurable de muelle ó licencioso.

La forma es siempre sencilla, á menudo tosca, nunca engalanada, si bien no siempre desprovista de arte ó de gracia,

y en orden á las obras poéticas debe añadirse que la versificación, monótona y pesada en las de clerecía, es pobre é imperfectísima en las populares. Algunas pocas excepciones de metros más agradables y variados deben atribuirse á una poesía lírica popular, cuasi desconocida, y al contacto con escuelas líricas extranjeras.

En los caracteres de los personajes domina una dignidad altiva, á veces ceñuda, pero nó enfática. Solo en algunos rasgos del mozo Rodrigo y en las aventuras en que toma parte, se descubre cierta hipérbole que no atribuiremos á imitación de los paladines francos, sino á primer asomo de propensiones del ulterior espíritu nacional.

Veamos ahora cómo, sin perder las cualidades que ya tenía, adquirió la literatura castellana nuevos distintivos.

II.

Al antiguo fondo de gravedad y de dignidad altiva añadió nuestra literatura otras cualidades características, como son el ingenio vivo y agudo y la imaginación ardiente y á veces extraviada, mientras la ejecución, de tosca y desnuda, se hizo culta, engalanada y brillante. Tal es la distinción entre los dos períodos y tales los caracteres que reunidos particularizan la literatura castellana.

Antes de averiguar las causas de estas creces y de estas mudanzas, y prescindiendo de algunas obras que, como la Danza de la Muerte, unen al estilo antiguo nueva versificación, y las del Canciller Ayala que participa de dos escuelas, cúmplenos hablar de un autor y de un género que consideramos como de transición entre los dos períodos.

Es el primero el ya mencionado Arcipreste de Hita. A su

obra, en que se podrá buscar intrínseca unidad, pero miscelánea en el aspecto, caprichosa y varia y, como ahora se diría, humorística, no le cuadran algunas de las calificaciones adecuadas á otras anteriores y contemporáneas, ya que en vez de la gravedad acostumbrada muestra la liviandad de la poesía de los troveros, que no era desconocida al poeta castellano de ingenio sumamente travieso y de imaginacion feraz y juguetona. Por tales circunstancias no puede contarse como de nuestro primer período, si bien le pertenece por la época en que fué escrita, por la versificación dominante (que ofrece una irregularidad y holgura sin duda de origen popular) y aun, si no nos engaña la vetustez del lenguaje, por la carencia de artificio y complicacion y cierta inflexibilidad arcaica en el estilo.

En un género de poesía castellana, envidia de las demás literaturas, el fondo es á veces antiguo, y cuando nó, continuacion de la antigua práctica de poesía histórica y heróica, mientras la forma, salvo algunas irregularidades é imperfecciones, aunque sencilla y modesta, es bella y atractiva. Hablamos, como se habrá ya adivinado, de los antiguos romances, preciosísimas rapsodias, gérmen ó fruto, segun opuestos pareceres, de la epopeya heróica, mas que, sea de ello lo que fuere, comenzaron á recibir su actual estructura hácia el siglo XIV y conservaron el acento de los antiguos tiempos, á vueltas de una versificación agradable y de una expresion viva y animada. Por eso los tenemos por feliz engendro del matrimonio de los dos períodos, ó por legado de los antiguos tiempos á los últimos de la edad media que en él imprimieron el sello de elegancia que solian ofrecer sus obras. Y así estas composiciones, á una poesía primitiva é inspirada unieron brillo y atractivo; y como por otra parte se servian de una lengua ya perfeccionada y una de las mas bellas que han hablado los hombres, y conservaron, aunque mutilados, los antiguos ci-

culos, muy interesantes de suyo y tambien como poesía heróica de una nacion famosa, fueron luego de conocidas por las personas letradas y han sido despues tenidas por obras de inestimable precio é incomparable modelo entre todas las de su género. Y es de advertir que á los antiguos asuntos se añadieron otras historias, como la sobrado trágica del rey Don Pedro y las tan bellas del cerco de Granada, al mismo tiempo que se acaudalaron nuevas narraciones francesas y se propagaron tambien nuevos y variados cantares sueltos.

Mientras se reformaban ó componian los romances, sobrevenian ó habian ya sobrevenido considerables mudanzas en la monarquía española. Desde largo tiempo no era el rey de Castilla el antiguo caudillo militar, y de cada vez más la corte habia ido aumentando su fausto y magnificencia. Los árabes ya no amenazaban, y eran ya cristianas las bellisimas comarcas donde mayormente se habia desplegado su poderío. Estrechados los lazos con Aragon y Portugal, los hijos de Castilla iban ya á visitar en su casa á los extraños, y las naves castellanas recorrían las costas de Francia y de Inglaterra. Tambien en lo eclesiástico se habian aumentado las relaciones disciplinarias con el Padre comun de los fieles. Es verdad que en temporadas de crueles disensiones se oscureció el creciente resplandor de la corona de Castilla, ora por dureza ó incapacidad de los reyes, ora por el espíritu anárquico de la nobleza, y que mas tarde, con la exaltacion del poder monárquico que trajo consigo la condicion de los tiempos, fueron socavadas históricas y fecundas instituciones; mas poco se curó de esto lo mas granado de la nacion, deslumbrada por la gloria de las armas. La España de entonces, pues no debemos ya hablar solo de Castilla, se mostró con justo título confiada y emprendedora. Vencida Granada, heredado Nápoles, descubierto un mundo, la monarquía española, regida luego

por un César, esperó imponer al universo

Un monarca, un imperio y una espada (1),

y esta espada fué á lo menos la defensora de la causa católica en los campos de batalla de Europa y de la independencia del Occidente en las aguas del Mediterráneo.

Como al trasponer el hombre la edad infantil y la primera adolescencia, añade nuevas líneas características á su fisonomía, y mientras se educa con el trato ajeno, despliega sus maneras y sus hábitos; así al paso que se hallan en este período semejanzas debidas, nó á igualdad de orígenes, como algunos del anterior, sino al trato y muchas veces á imitación de los extranjeros, se advierten ó se preparan y se abren paso al fin los rasgos mas declarados del carácter literario español. La misma lengua castellana, rica antes en felices promesas, llegó á un grado inesperado de belleza, cuando adulta y ya dolada y pulida con el roce de las sabias y de las forasteras, arrojó lejos de sí, como embarazosas para su andar suelto y altivo, formas gramaticales que nó sin provecho conservan sus hermanas (2), y abrió aquel su inagotable manantial de giros y modismos, de que no menos se sirvieron los prosistas clásicos que los poetas más nacionales.

Por fin, cuando sonó la hora de la decadencia, España amedrentada por la cercanía de funestos errores, envanecida con los restos de su poder y sus gloriosos recuerdos, y como desdeñosa de sustituir las artes de la paz á los efimeros pro-

(1) Verso de un poeta de la época que con semejante propósito cita el historiador anglo-americano de la literatura española.

(2) Las partículas relativas *y* (*hi*) y *ende*, y la *de* en su oficio distributivo y generalmente en el partitivo. Puede observarse que no se hallan tampoco en castellano las negativas *pas* (fr. pr. cat.), *point* (fr.), la expletiva *pure* ó *pur* (it.), *pu* (cat.), etc.

vechos de la conquista, se concentró de nuevo en sí misma, y menos temida se hizo mas altiva y desdeñosa y fué llevando mas al extremo sus propias cualidades. La literatura de entonces, la poesía en particular, que era el ramo mas felizmente cultivado, como nunca exclusivamente española, ofrecen mas condensados y mas en relieve los distintivos del carácter nacional.

Mas este carácter, segun antes manifestamos, se habia modificado ó enriquecido á efecto de nuevos elementos. De estos, el primero con que nos encontramos, es la poesía *escolástico-cortesana*.

Anterior á la primavera del renacimiento, hubo la poesía cortesana, flor de cultura artificiosa y refinada que, si bien de vida endeble, ostentó brillantes colores en el campo de la caballería. Al rústico juglar que cantaba en medio de las refriegas ó en la desnuda cámara del antiguo castillo feudal, al laborioso clérigo que contaba las sílabas de sus versos en el retiro del estudio, sucedió el galante trovador que entonaba ó recitaba sus canciones en los espléndidos salones de la corte régia ó del palacio señorial. Esta clase de poesía fué desde muy antiguo conocida en Castilla; mas como si se apartase del genio y humor de sus costumbres y de su lengua, usaba de la provenzal en boca de poetas advenedizos y de la gallego-portuguesa cuando la ensayaban los naturales. Mas aunque esta última se ejercitase no solo en asuntos cortesanos, sino tambien religiosos y políticos, era ya entonces por punto general este linaje de poesía, como despues continuó siendo, más bien culto entretenimiento y objeto de solaz para una clase que parto de una inspiracion interesante para todas. Más tarde hubo trovadores en lengua castellana. — Distinguiéndose esta poesía de las anteriores por el arte ó mejor arteificio, así en la parte de expresion, como en la prosódica, dió el primer paso hácia el encarecimiento ingenioso de los

afectos y la sutileza del pensamiento, y estableció una tradición que pudo despertar en los naturales de ciertas comarcas geniales inclinaciones á lo agudo y conceptuoso. No se interrumpió desde entonces el efecto de esta poesía que penetró despues, si así vale decirlo, por debajo de la corteza clásica de la escuela italiana para de nuevo y remozada salir despues á luz en la de poesía nacional. Y como en testimonio de su especial influjo, allí donde más que en otros puntos se habia mantenido su cultivo, conviene á saber, en Valencia, y rodeado de poetas, inmediatos herederos de los trovadores, concibió Lope de Vega la forma definitiva de la poesía dramática española.

Las mismas causas históricas que fomentaron al fin en Castilla el género lírico cortesano, promovieron tambien costumbres y resabios de una caballería galante, fantástica y aventurera, diversa de la antigua y grave caballería castellana, é importando nuevas narraciones francesas y en especial las del ciclo breton, antes desconocido ó poco apreciado, dieron origen en nuestra península á un nuevo linaje de héroes caballerescos, que con ser discípulos de los de la tabla redonda, redujeron sin embargo á menores términos, por un feliz influjo del carácter nacional, los supuestos licenciosos fueros de la galantería. Al mismo impulso corresponden tambien la adopción é invención de otras narraciones novelescas, de temple menos militar que los libros de caballerías.

La poesía de trovadores se consideraba como una ciencia, y á título de tal la estudiaban los cultivadores de las demás disciplinas y de la ciencia escolástica que era la mas importante. De aquí provino en aquella no solo la mayor frecuencia de asuntos graves, sino además la introducción de abstracciones metafísicas y de formas dialécticas, que llevaron mucho mas adelante la mencionada afición á la sutileza. Y por cierto no solo en la escuela de trovadores sino en la ita-

liana, y sobre todo en la nacional, obraron los estudios filosóficos y teológicos que, si comunicaron al lenguaje poético hábitos que no le convenian, contribuyeron no pocas veces á levantar la inspiracion y á engrandecer las miras de los poetas.

Sin reñir al principio con la poesia de los trovadores, antes aliándose con ella, á la manera que se enlazan y combinan á veces el arte gótico y el del renacimiento, se introdujo como nuevo elemento de nuestra literatura la *influencia italiano-clásica*. El espíritu alegórico dantesco, intelectual y místico, acorde con las mas profundas concepciones de la edad media, vino á hermanarse con la alegoría más frívola ya usada por los primitivos trovadores y especialmente por los troveros; el platonismo amatorio de Petrarca con el que provenia de Geraldo y de los Arnaldos; la elegancia italiana con el lenguaje escogido y á veces oscuro adrede de las escuelas cortesanas. Más tarde fueron adoptados de lleno la versificación, el gusto y los géneros de la poesia toscana, y entre ellos la cancion y el soneto, que guardan no poca afinidad con la poesia de los trovadores.

El clasicismo que nos fué comunicado no se reducía ya á los restos conservados por la antigua tradicion, envueltos en ideas cristianas y que, como las bases y capiteles romanos en las construcciones bizantinas, servian de material para composiciones animadas de un nuevo espíritu; no era tampoco el clasicismo helénico en su ingénua sencillez ni el romano con toda su majestad y grandeza; sino fragmentos clásicos descubiertos y desenterrados con sorpresa y ciega admiracion, en que bastaba para alimentar el entusiasmo lo acabado de una forma ó la lindeza de un pormenor, y en que no se veía más que elegantes joyas artísticas, galanas leyendas mitológicas ó floridos y deleitosos idilios. Contribuyó en gran manera este neo-clasicismo á perfeccionar las cualidades más exteriores

que suelen comprenderse bajo el nombre de forma, y así es que hubo, desde su completa adopción, poetas que no solo pretendieron, como los trovadores, sino que ganaron el lauro de artísticos; y si poco antes solo se tomaban de los estudios clásicos alusiones pedantescas, palabras y frases, ahora ya granjeaban pensamientos escogidos, giros poéticos y hasta formas más generales. Y esto se efectuó no solo en los géneros menores, sino también en las poesías épica y dramática, la cual debía después volar con sus propias alas, no sin haber antes aprendido mucho en los modelos clásicos cuya imitación ya desdeñaba. Hubo además poetas, pocos en verdad, que desembarazándose alguna vez de las tradiciones provenzales é italianas, y mirando cara á cara la antigüedad sagrada y profana, supieron ser más realmente clásicos, á la vez que más originales.—El efecto de los estudios clásicos, si bien produjo excesivo amor á la retórica, fué también de gran valor y trascendencia en las obras prosáicas, históricas y didácticas.

Bien averiguado está que no se debió á los árabes el origen de la poesía narrativa de los romances, ni de la lírica de los trovadores; mas con mayores visos de probabilidad les han atribuido algunos cambios sobrevenidos en el estilo de nuestros poetas, la elocución figurada y lujosa, la imaginación ardiente y á veces descaminada. Así se creería si solo se tomaran en cuenta algunos hechos dignos de consideración: el incesante y variado trato entre las dos naciones, la mayor ó menor, pero inevitable mezcla de la sangre, y la fisonomía arábiga de los habitantes de algunas comarcas; la morada de cristianos y mulsumanes en las cortes de contraria ley y la adopción de costumbres de los árabes por algunos potentados de Castilla; las muchas palabras y muy probablemente las dos articulaciones aspiradas que les debe nuestra lengua; el gran número de prácticas agrícolas y de otras artes, por ellos

introducidas; la comunicacion de una arquitectura semi-arábica y la transmision de alguna historia apócrifa. Con todo no alcanzaron los árabes, fuera de lo que notamos ya en el primer período, grande influencia en la literatura castellana. Así como en lo que mira á la lengua le dieron solo palabras y nó modismos y giros (á excepcion de una frase optativa), en las prácticas y usos no se pasó más allá de la adopcion de elementos aislados; y así como todas ó cuasi todas aquellas palabras expresan, segun se ha observado, objetos exteriores y materiales y nó actos mentales ni afectivos, de los árabes se aprendió mucho en cuanto á ejercicios técnicos, poco en lo moral y literario (1).

Adviértase que aquí tratamos, nó de los árabes como objeto de nuestra poesía, ni de sus nombres históricos y de la representacion más ó menos fiel de sus costumbres, sino del espíritu, del estilo y especialmente de los excesos de imaginacion y de los defectos en el gusto cuya comunicacion pudiera atribuírseles. Hubo entre ellos, es verdad, una poesía

(1) Casi todas las palabras castellanas de origen arábigo significan cosas físicas, empleos personales etc., á excepcion del conocido *ojalá*, del poco usado adverbio *adunia* (mucho), segun algunos del *adrede* cuya derivacion latina nos parece evidente etc. Juzgan algunos derivado del trato con los musulmanes una especie de quietismo semi-fatalista que induce á dejar de hacer lo que se debe, por una falsa aplicacion de la gran verdad de que «será lo que Dios ha dispuesto:» mas dado que semejante tendencia se hallase más que en otros países en España donde nació el proverbio: «Con el mazo dando y á Dios llamando» (así lo trae F. Luis de Granada), esto seria conceder á los árabes una influencia moral, nó como quiera, sino inexplicable por lo extraordinario; además de que no será inoportuno observar que el fatalismo fué tambien error de los paganos, y de ellos se recibió la palabra *hado*, junto con otras supersticiones análogas. Evidentísima equivocacion es atribuir al mismo trato algunas expresiones piadosas que ya recomendaba Tertuliano. Se dice, no sabemos si con mayor fundamento, que de ellos vino el uso de vivir retraidas y de taparse el rostro las mujeres.

artística y cortesana que usaba de brillante y amanerada retórica, mas no estaba al parecer tan reñida con las operaciones normales de la imaginación, como nuestro gusto del siglo xvii, ni por lo remoto del tiempo en que floreció pudo influir en la nuestra tan reciente. Sábese además que hubo alguna comunicación y aun trueque de instrumentos (1) entre las poesías y músicas populares de las dos naciones, mas esto de seguro no produciría más que la versión al castellano de algun cantarillo árabe. Lo cual pudiera acaso aplicarse al contenido y aun al tono de alguno de los romances primitivos (2), y como tales ajenos á todo lujo y artificio; pues con respecto á los llamados moriscos, sabido es que nacieron en época muy tardía, que carecen de fundamento histórico, y que sus autores sacaban los hechos y las costumbres que pintaban de su propia imaginación, y aun á veces de los poemas caballerescos italianos (3).

A lo dicho, que es ciertamente muy poco, se reducen los efectos de la influencia oriental en nuestra poesía, pues nadie nos indica las obras castellanas en que empezasen á sentarse de una manera muy determinada, ni poemas de origen árabe que los nuestros conociesen y tomasen por dechado. No deben en efecto creerse tales los aljamiados, como el del patriarca José, ó los romances bien modernos de la historia de Hixem, escritos en cifras orientales y únicamente dedica-

(1) D. P. Gayangos ha dado algunas interesantes noticias acerca de este punto.

(2) Comp. Wolf. Primavera I. Introducción. Nos parece que solo algun romance primitivo como el de Morcuma, puesto en boca de una mora agraviada, puede creerse versión ó imitación del árabe, pues en otros que tratan de moros domina el espíritu caballeresco. Acaso tambien entre los fronterizos, en el de Abenámar, donde se habla de los signos del nacimiento de este y del casamiento de Granada con el moro, se aprovechó algun elemento árabe.

(3) V. muy particularmente Wolf, *Ibidem*.

dos á lectores musulmanes, y que además ofrecen, á vueltas de muchos vocablos árabes, un estilo que por lo comun se diferencia poco del de los otros libros en lengua castellana. Tampoco pudo servir para aquellos efectos la obra de Perez de Hita, de publicación asaz reciente, que contendrá sin duda tradiciones moras, pero que todo lo viste á la castellana, hasta el punto de dar cabida en la parte versificada, no solo á la forma del romance, sino tambien á la metrificación italiana y aun provenzal (1) adoptada por nuestros clásicos. En resolución, tan solo dos poemas conocemos que de la lengua árabe fuesen trasladados á la castellana, y son cabalmente dos elegías, cantos de lamentacion por las pérdidas de Valencia y Alhama, tristes desahogos del vencido que se complacia en repetir el vencedor cristiano (2).

Cuanto los árabes pudieron comunicarnos con respecto á ciertas propensiones generales y á ciertos caracteres literarios, lo teníamos ya dentro de casa, antes de que las naves de Tarick cruzasen el estrecho; y difícil seria, en caso de que algo les fuese debido, distinguir entre dos influencias tan análogas de suyo y procedentes de unos mismos lugares en los tiempos á que nos referimos. Hablamos de la *influencia meridional*, del genio de las comarcas andaluzas, que se sintió en la poesía castellana en cuanto halló una lengua y una versificación que le diesen fácil entrada. Recordemos un hecho que, nó por frívolo, puede desdeñar la historia, cual es el de las danzas gaditanas, las cuales, segun los autores clásicos las describen, tanto se ase-

(1) La mezcla de endecasílabos con quebrados de cinco que Gil Polo llama *Rimas provenzales*.

(2) Las elegías de la pérdida de Valencia, conquistada por el Cid, en la Historia de España de Alfonso X, y el romance de la pérdida de Alhama, comprendido entre los fronterizos.

mejaban á algunas de las todavía usadas en Andalucía, y que, no lo olvidemos, tambien á enseñanza de los árabes se han atribuido. De todos es sabido que los dos Sénecas y Lucano por su afición á lo hinchado y á lo hiperbólico, debido acaso en parte al tiempo en que vivían, pero en otra mucho mayor á la tierra en que habían nacido, fueron legítimos predecesores del estilo culterano. Y de un achaque semejante debieron adolecer aquellos mas antiguos poetas cordoveses, panegiristas de Metelo, en quienes reprendió no solo algo forastero sino tambien «*aliquid pingue*» el gusto delicado de Marco Tulio.

No nos empeñaremos en reconocer iguales tendencias en los trovadores naturales de Andalucía, ni en el mismo Juan de Mena, que en punto á mal gusto é hinchazon no se diferencia, á nuestro ver, de los demás de su escuela; mas apenas se necesitará recordar que el primer reformador de la lengua poética, movido del afán de darle mas pompa y lozanía, fué el sevillano Herrera, que hubo una série de poetas andaluces que si en otros puntos difieren de la escuela pictórica sevillana, se le asemejan en lo de ser todos coloristas, y que el fundador del culteranismo fué cordovés, como Lucano y los Sénecas.

Mas con la pompa y la magnificencia en la versificación y en el estilo, y con la exageración de brillantes cualidades se debieron á la influencia meridional dotes inapreciables que fueron enriqueciendo la literatura castellana: sales delicadas, fino gracejo, sin igual donaire. Añadamos pues este último elemento á los antes enumerados, y pasemos á considerar la gloriosa edad de nuestras letras, llamada clásica por excelencia.

A guisa del potentado que se complace en acumular á su alrededor tesoros traídos de lejos y olvida los que se crían en su propia tierra, en la época de su mayor gloria y pode-

río tuvo España una literatura riquísima, pero nó tan nacional como la habia tenido y como la tuvo mas tarde; que no siempre es tan directo é inmediato, como se supone, el reflejo de la sociedad en la esfera de las letras. Por punto general la escuela clásico-italiana se nos presenta como ornamento de la gente cortesana y como ejercicio de humanistas, y poco nos ofrece en que suene el acento nacional, poco que se desprenda, á manera de vivo destello, de los sentimientos dominantes. Ni aun simplemente como materia ó asunto, excepto en poquísimas obras maestras y en las de algun poeta mediano, eran recordados los hechos de la historia contemporánea.

Al estudiarlas ahora, ¿cómo, nos preguntamos, no hubo grandes concepciones poéticas que correspondiesen á lo grandioso de los sucesos y de los héroes? ¿Cómo no hubo poetas que dando de mano á las amaneradas tradiciones de los trovadores y aun á las seducciones artísticas de la escuela italiana, se levantasen tan alto como la historia? ¿Cómo la grande Isabel, que Cartagena habia saludado con algunos versos de acento verdaderamente nacional, no tuvo despues un pintor digno de ella? ¿Cómo no supo ensalzar la poesía al que la historia apellidó el Máximo? ¿Cómo el jóven de Austria no inspiró, fuera de la magnífica cancion bíblica de Herrera, más que algunas estancias pomposas al mismo poeta y algunas brillantes octavas al cantor de Bernaldo del Carpio (1)? ¿Cómo, finalmente, si hubo un Ercilla que describiese las desconocidas costumbres y los aspectos de tierras recientemente exploradas, no hubo un Cámoens y mas que un Cámoens para representar el mayor suceso que vieron aquellos siglos, para la epopeya de un nuevo género que podia inspirar la suerte de aquellos humildes buques perdidos en mares

(1) V. Quintana. Musa épica, Introduccion.

desconocidos pero guiados por un Genio iluminado por la Religion y por la Ciencia, aquellos momentos solemnes en que de los menores indicios de una tierra cercana dependian á la vez la vida de algunos navegantes y los futuros destinos de una gran parte del género humano?

Mas al hacernos estas preguntas, acaso no atendemos bastante á los irregulares accidentes de la inspiracion poética y al imperio tiránico de las prácticas de escuela; y si, mas condescendientes, no pedimos al espíritu nacional tan claros efectos literarios en aquella edad en que debiera, á nuestro parecer, desplegar todo su vigor, tampoco le hallaremos aletargado, mientras se dispone á conquistar el dominio de la literatura y á presentarse con mas brío y decision que en tiempo alguno. Consideremos, en primer lugar, que la poesía religiosa y reflexiva y la prosa doctrinal son supra-nacionales por sus asuntos no circunscritos á límites de lugar y tiempo, y que aun en algunas obras de esta clase hallaremos, si nó una referencia material á los hechos de la historia patria, una grandeza y majestad que corresponde á las de estos hechos, al mismo tiempo que un aspecto tan nacional como permite su propia naturaleza. Ateniéndonos, entre las prosáicas, á las de más levantado sentido, nacionales son en cierta manera las de nuestros ascéticos por su expresion y tono tan castellanos, por su sencillez é ingenuidad hermanadas con la nobleza, y por la pompa y magnificencia del lenguaje. Nada, en efecto, más nacional en las maneras, en la fisonomía, que los libros de aquella divina Teresa que, con ser de los henchidos de mas alta doctrina, más que libros parecen candorosa plática familiar de sin igual expresion y encanto, y nadie con mas libertad ha manejado la lengua nacional que el autor de la *«Llama de amor viva,»* con lo cual nos muestra como hubiera podido beneficiarla un Píndaro cristiano y español, un poeta que á la vez hubiese sido Leon y Herrera.

Se halla, por de contado, mucho nacional en la materia y en el espíritu de las obras históricas que recordaban los tiempos pasados ó narraban por vez primera los hechos en que se fundaba la grandeza presente, y que si habian enriquecido oportunamente su estilo con majestuosas formas tomadas de la historia romana, nó por esto habian olvidado el decir sencillo y expresivo de los antiguos cronistas.

Finalmente aun los géneros poéticos italianos, que no siempre se ve por qué razon han de llamarse clásicos, á medida que se difundieron, se nacionalizaron en los giros y en la frase, y en sustituir al movimiento suave y sereno de los modelos, galas mas ostentosas y un espíritu mas reflexivo y agudo.

Mostróse en fin con entera originalidad é independencia el espíritu nacional, enriquecido y modificado por las influencias indicadas, y continuando y realzando con ingenio ya maduro especies literarias que solo habian figurado en segundo término, desplegó todas sus virtudes y varias cualidades.

Un género, si nó muy noble, sumamente natural y que se halla en todas las literaturas, á saber, la representacion, ya cómica y festiva, ya cáustica y mordaz, y por lo comun menos mesurada de lo que debiera, de las costumbres contemporáneas, se transmitió desde tiempos antiguos, ora con el aspecto de invencion satírica ó de censura moral, ora con el dramático y novelesco. El ejemplo de los cómicos latinos (al cual debió quizás tanto como á la observacion de costumbres contemporáneas la tan admirable como repugnante *Celestina*), el de la novela italiana, y, segun creemos, alguna invencion de nuestra propia casa (1), promovió la novela picaresca, nó por esto menos original, y que, si bien vulgar y cómica, corres-

(1) En un escrito sobre poetas catalanes notamos las semejanzas que existen entre el «Libre de Consells» de Jaume Roig y la novela picaresca.

pondia por diversa manera que los libros de caballerías al espíritu movedizo y aventurero de la mocedad de aquella época (1), y en que lució en alto grado la viveza é invencion de nuestros ingenios: imitada con éxito sin igual por un extranjero, nó como se ha supuesto plagiario de una desconocida obra nuestra, sino de un gran número de obras, de donde, con poco trabajo y á manos llenas, tomó riquísimos materiales. Mas el mejor blason de esta clase de novela de costumbres se cifra en haber contribuido, junto con otros modelos especialmente italianos, á avivar el ingenio más original, la invencion más fecunda, la observacion más penetrante, el talento más completo de nuestra literatura poética; talento que por su educacion y sus recuerdos pertenecia á la época de más grandeza histórica y que en su madurez alcanzó los de mayor originalidad literaria. No tratamos aquí de caracterizar (cuando tan bien se hizo no ha mucho), pero tampoco podemos dejar de mencionar, siquiera de pasada, aquella chanza inmortal, aquella improvisacion no solo brillantísima, sino la más perfecta y consistente, aquella extensa y doble narracion en que no decae un punto la vena y la frescura, aquella sátira benévola unida á los más delicados afectos naturales y al más fino sentimiento poético, aquella ciencia, no aprendida en los libros ni sobrepuesta sino de propio caudal é implícita, aquellos retratos morales, holgadamente concebidos y representados, pero típicos y significativos, el Ingenioso Hidalgo, en fin, obra sumamente nacional, como pintura de hechos, de costumbres y de personas y como expresion de lo mejor del carácter español y censura, mezclada de indulgencia y de amor, de los extremos del mismo carácter, y más que nacional al propio tiempo, en cuanto habla á los hombres de todos los siglos y lugares.

(1). V. Navarrete, *Novelistas posteriores á Cervantes. II*, introduccion.

No murió con Cervantes la poesía cómico-satírica, pero sí el tacto y el buen gusto y la perfecta armonía del verdadero genio, prendas que se echan de menos en otro escritor nuestro, no indigno de serle comparado, de temple en algun concepto aristofánico, tambien nacional por su espíritu, por sus asuntos, por sus alusiones, por su lenguaje (que es como tan nacional, intraducible) y aun por sus mismos defectos, pero de índole tan opuesta á la de Cervantes, que era en él como natural cierta manera violenta y afectada.

Cervantes y Quevedo, como Lope de Vega y Góngora, mientras se dedicaban á obras de mayor empeño, sobresalian en otras fáciles y ligeras al lado de cien poetas que se animaron con el calor de la renaciente inspiracion de los géneros mas nacionales. La poesía lírica popular de las coplas y letrillas que, con diversos nombres y en muestras al principio escasas, hallamos desde Berceo y el Arcipreste, que menudea en la escuela de los trovadores, perfeccionándose con el ejemplo de la danza tolosano-catalana, y se mantiene como vergonzante, mas nó sin participar de los adelantos de la lengua y del gusto en la época clásica, renace lozana y perfecta al despertar el espíritu poético nacional, si bien cuasi siempre aplicada á asuntos eróticos y satíricos, raras veces á los religiosos y rarísimas á los históricos, no llegó á ser cuanto hubiera podido en la escuela castellana. Cultivóse tambien con singular ahinco el romance, cuya conservacion en mal llamados cancioneros, é imitacion por poetas eruditos y por otros entre populares y letrados, habian preparado el nuevo y artístico período. La poesía sencilla y varonil de los antiguos tiempos, pareció de nuevo, aunque transformada, en un período de refinada cultura y de arte ingenioso y brillante, al par que de amaneramiento literario y de político abatimiento. La severa belleza se cambió por galanes arreos, la marcha acompasada y monótona por una expresion artificiosa y va-

riada, el desigual monorrímo por una delicada cadencia, una asonancia tersa y agradable. Mas, aunque de otra manera, era esta poesía muy nacional, los antiguos héroes seguían siendo objeto, cuando nó pretexto, de los nuevos cantares; y no solo se conservaban las formas generales, sino que á veces se remedaba y aun se exageraba la añeja fraseología. Á las de personajes ya conocidos se añadieron imaginarias aventuras de los últimos moros de Granada ó sucesos análogos mas recientes, en cuya narración campearon la mas lujosa fantasía y el lenguaje mas florido. La misma égloga, género predilecto de la escuela italiana, convertida en romance pastoril, sin llegar á perder el amaneramiento, se hizo mas natural y villanesca; y hasta los ímpetus del alma del poeta, no contentos con las formas líricas italianas ó populares, hallaron un nuevo vehículo en la del romance.

Esta forma, la más adecuada á los asuntos patrios, cuando eran narrados á un corro popular, se halló estrecha para la poesía nacional cuando esta renació en una corte rica y poderosa.

Heredó, pues, al romance, tomando su versificación como metro favorito, continuando su espíritu y aun copiando alguna vez fragmentos suyos, la poesía dramática española. Y por cierto bien le conviene este dictado, pues concentró eficazmente y como en largo parasismo de entusiasmo nacional, cuantos elementos esparcidos constituían el variado aspecto del carácter español, hasta el punto de amalgamar los incompatibles y contradictorios. Una sociabilidad culta y cortesana, una galantería generalmente respetuosa y comedida, una dignidad de hombre y de español, unida ya á la altivez del caballero, ya también algunas veces á la sencillez y llaneza del plebeyo, un espíritu pendenciero y vengativo, un sentimiento religioso, á veces mal acompañado y que acaso no siempre se mantiene en la región más pura, pero sincero, ardien-

te y á amenudo de aplicaciones profundas y trascendentales, constituyen los principios en que estriba este sistema dramático; sus asuntos son tomados de la vida privada ó de los anales patrios ó de la historia más diversa; los medios de ejecución de cuanto era ó se habia hecho español, desde el aparato mitológico hasta lo más familiar y humilde, desde la expresión correcta y clásica hasta los más arbitrarios juegos de ingenio, desde las formas poéticas más cultas y el arte escénico más consumado hasta la poesía, la música y las danzas populares. Si nacionales son los elementos generales, nacionales ó nacionalizados sin escrúpulo alguno son los asuntos, nacionales ó de antemano nacionalizadas las formas artísticas, nacionalísimo es el lenguaje que en boca de los personajes de nuestro teatro adquiere toda la gala, lozanía y brío de que es capaz, con graves defectos es verdad, pero defectos que son tambien nacionales.

Expresion de los sentimientos dominantes, nacido en una época de temple poético y en que el ingenio español se encerraba principalmente en el círculo de la poesía, en comarcas de fácil imaginacion y de feraz ingenio, atendiendo más al efecto escénico y al como impensado derramamiento de riquezas que á la consistencia y perfeccion del conjunto, logró aquella inaudita fecundidad que es una de las maravillas del ingenio humano, aquel abundantísimo minero de invenciones que ha abastecido el teatro de los demás pueblos, aquella muchedumbre de poetas, á la vez semejantes y variados, todos admirables por las diversas aptitudes de que dan muestra. De un fondo comun y de aspecto sobrado constante se destacan bellezas incomparables, timbres de la poesía española, de aquellas que forman época en los fastos de la literatura, ya describa nuestro drama las frescas mañanas de abril y mayo, ó las invenciones de una dama duende; ya, dotado de observacion moral, enseñe el modo de ganar ami-

gos ó escarmiente al caballero mentiroso; ora exprese con sencillo y candoroso acento el encubierto amor de dos esposos, cuyos lazos romperán con violencia pérfidos consejos cortesanos, ó en tono mas ideal y exaltado el del rebelde caudillo de una raza desdichada; ora represente la lucha del amor y del honor caballeresco, las angustias amenazadoras de la honra ultrajada, la ciega sumision ó el ilimitado respeto del vasallo, la lealtad del ciudadano á una reina mal servida por los poderosos, la tiranía del magnate y la severa justicia del rey, la entereza del villano cargado de razon; ora cuente la lealtad y la fortuna de una familia montañesa ó despliegue como en extenso cuadro la historia de una imágen sagrada que va un mismo camino con la historia de la patria; ora muestre los efectos de la falta de espiritual confianza ó presente la cruz que interrumpe criminales proyectos ó la estatua ejecutora de la divina justicia en el seductor que abusa de sus dones de cuerpo y de alma; ó bien enaltezca al príncipe constante en la fe ó lleve la verdadera luz á los ojos del afanado investigador de la ciencia, ó la razon venida de lo alto al alma del hombre solitario y salvaje; ora usando de bien escogidos emblemas, pinte el dominio del hombre en los elementos, su extravío en la tierra y su encuentro con el celestial peregrino.

Este fué el género nacional por excelencia, heredero de todos los elementos nacionales, cuyo imperio prolongó hasta tiempos que nos parece tocar con la mano; y tan de veras expresó el espíritu nacional que, aun ahora, cambiadas las costumbres, corregido el gusto, rectificadas algunas ideas, perdidas muchas prendas de carácter, por poco que á ello queramos acomodarnos, se nos figura que habla con nosotros y se expresa en nuestro lenguaje, y no solo en lo invariable á título de belleza ó significacion sino en lo mas propio de una época ya fenecida. Sedúcenos particularmente, tan



nacional es y tan ingenioso, aquel ligero resabio de sutileza y conceptuosidad que en sus horas mas felices muestra el discreto y bizarro dialogar de nuestra poesia dramática.

Mas ni en el drama ni en los demás géneros se contentó con resabios el mal gusto sistemático á que se da el nombre de culteranismo, producto del amor á los falsos fulgores de la imaginacion, al sonoro estrépito de la palabra, al aparato sentencioso, á la simetría en las formas de expresion, á lo recóndito de los conceptos y de las alusiones y á la inoportuna ostentacion de espíritu dialéctico y de los tesoros de la memoria, y finalmente á todo lo nuevo, singular y peregrino al mismo tiempo que á un cierto número de palabras trópicas favoritas, formándose con todo ello un complicadísimo tejido, muy parecido á una ornamentacion caprichosa y extravagante, si bien alguno, como Calderon, supo darle á veces superior sentido. El culteranismo, en una ó en otra forma, es natural propension del hombre cuando olvida las buenas prácticas literarias ó artísticas y se sustrae al dominio del buen gusto, como se advierte, por ejemplo, en la decadencia de la literatura clásica y de un modo muy especial en la escuela del falso Virgilio de Tolosa, de que se resienten varios escritos monásticos de la edad media; y era en la época de que ahora tratamos, comun achaque de las demás naciones de Europa, como si la favoreciesen los aires del tiempo. Mas acaso nunca ni en nacion alguna habia alcanzado tan universal dominio como entonces en España, por ser propia exageracion de las brillantes cualidades del ingenio español, y nacida además en el período de su mayor vigor é independencia. Y como es bien sabido, no se dió por satisfecho con invadir los géneros poéticos, sino que vició los que, al parecer, debian mantenerse mas exentos, como la elocuencia sagrada y los escritos políticos, y aun maleó un tanto á graves historiadores que, segun el temple de su alma, se inclina-

ban á la afectacion sentenciosa ó á una locucion excesivamente florida.

Si ahora atendemos al culteranismo en su mayor auge, lo podremos considerar, no solo como errada direccion de propensiones nacionales, sino como último término histórico de nuestra antigua literatura, que ofrece no ya brillantez y cultura, sino monstruosos desvaríos del ingenio y el mas decidido contraste con la primitiva sencillez y gravedad; bien como pasando por la noble elegancia del mejor período gótico y por las agraciadas fantasías del renacimiento, las desatinadas concepciones churriguerescas nos ofrecen la mayor oposicion que es dado imaginar con las severas construcciones del arte bizantino.

Al presentar á nuestros jóvenes alumnos algunas ideas respectivas á nuestra literatura nacional, sin tratar de infundirles una ciega admiracion, ni de ofuscar su discernimiento para juzgarla, tanto en la parte literaria como en la moral, nos ha animado el deseo de excitar su respeto y su amor á este rico legado de nuestros padres. En él hallarán no solo modelos únicos de lenguaje y no solo brillantes producciones del ingenio, sino obras incomparables donde podrán aprender la sabiduría práctica, la primera á que deben aspirar; y en su conjunto, en medio de innegables extravíos, verán mantenerse los fundamentos de verdades superiores é incontrastables.

Nunca en materias literarias ni científicas les aconsejaremos el aislamiento y un mal entendido españolismo, pero sí la prudencia mas exquisita para distinguir, en las obras de ingenio, lo que debe levantar sus ánimos de lo que puede abatirlos y mancillarlos, y en las de ciencia, los resultados debidos á una observacion cauta y sesuda, de presuntuosos y mal cimentados sistemas.

Aconsejámosles tambien que antes de buscar lo ajeno, inquieran lo que se halla en nuestra propia casa, y que desdeñen en gran manera aquellas novedades que solo seducen por ser tales, que sin cesar se suceden y destruyen, como una ola traga á otra ola, y suelen pasar aquí por novedades, quando son vejezes allá donde nacieron.

Aprendan á estimar el nombre español por lo que ha valido y puede valer, y para avivar el harto decaido espíritu nacional; y sin proponerse por norma los desaciertos, en medio de nuevas circunstancias históricas y con otras aspiraciones políticas, conserven incólumes los principios de fe única, de honor y de lealtad de que se gloriaron nuestros mayores.

HE DICHO.